

Palabras previas:  
Valle Naredo, la historia real de unos pueblos,  
a la falda de los hayedos del Mofusu  
por José Antonio Vega

Xulio Concepción Suárez  
Casa de Cultura  
Pola de Lena  
Biblioteca Ramón Menéndez Pidal  
[www.xulioes.com](http://www.xulioes.com)

Resulta, ciertamente, placentero saber que alguien sigue investigando por los paisajes lenenses, incluso en estos tiempos del milenio. Y ello, en este caso, por razón doblada: porque el autor no es de Lena -ye de Mieres-, y porque lo hace hablando hasta con documentos y archivos sobre nuestra historia lenense en el tiempo, las costumbres milenarias, las anécdotas de los pueblos, sin contar todavía lo suficiente.

Así, José Antonio Vega hace un estudio del valle de Tablao, pero que nos recuerda el antiguo Conceyón de Tsena, cuando llegaba hasta Llandellena (el límite de Lena), por El Padrún y Olloniego, ya de Uviéu. El autor nos va informando sobre detalles de La Pola y los pueblos que no estaban del todo desarrollados hasta la fecha: el pueblín de Tablao, el río Nareo, los asentamientos industriales de Morúes y Riabona, Lena de Suso y de Yuso, El Horro del Viacrucis, las limosnas al probe, los llavaeros, las parteras, El Molín de la Sala, El Puente Tola, los sucesivos emplazamientos del Ayuntamiento desde tiempos medievales... Y tantos otros datos semejantes de interés.

En las 190 páginas, el autor va describiendo esa historia real de estos pueblos, por pequeña que parezca, comenzando por la misma Pola, Palaciós, Piedracea, Morúes..., para terminar en los altos del Mofusu. De gusto caminar por estas páginas naredinas y comprobar personalmente que no todo está dicho sobre el conceyu: falta hacen, así, nuevos viajeros, de casa o de fuera, lo mismo da, que sigan escartafoyando documentos antiguos por los archivos históricos, que asoleyen esa otra versión interna de los chugares más pequeños, tan silenciada en las versiones oficiales demasiadas veces. La Capilla de Tablao es un buen símbolo de cultura religiosa rural, frente a la otra cultura de las catedrales, más divulgada.

**Unas cuantas novedades por la cuenca del río Nareo arriba**

Falta hacen investigadores de paso también sobre el terreno, que sigan pateando senderos, en ocasiones ya entre las barcias y las carbas, para

que los demás podamos seguir leyendo los pequeños valles lenenses con todos los sentidos en la medida de lo posible: lo que vemos, lo que escuchamos en el bosque o a los mayores por las caleyas; lo que saboreamos según la época del año.

Por ejemplo, cuenta el autor en el libro que, hasta el s. XIX, sin ir más lejos, los relojes eran privilegio de unos pocos más hacendados: al alcance de la mayoría, sólo quedaba calcular la hora, aproximada por supuesto, observando la posición del sol, a través de una peña, la inclinación del monte, los árboles... Nun había otro reloj, que el reloj de sol, colgáu en la esquina más soletera de alguna casa. Y el reloj más natural de alguna peña, en la que cayeran verticales los rayos del sol en pleno verano, con la raya de sombra que se estrecha o se estira hacia las 12, según sea de mañana o ya de tarde.

O como cuenta el autor la anécdota tan entrañable de las limosnas a los probes: el pobre que pasaba pidiendo por los pueblos, y que era bien recibido y atendido en la medida de lo posible, y con los escasos recursos familiares que había en los hogares; de lo poco que tenían ellos para tantas bocas a la mesa, todavía le daban al pobre por las caleyas un pedazo de pan, unas sopas de ajo, un poco de tocino, un poco de leche...; y el hospedaje para la noche en un payar o payareta sobre la cuadra o la corripa. Con un detalle más por parte del pobre que, agradecido, se ofrecía a cortar leña, ayudar en las tierras o a lo que le mandaran. En estos casos, la limosna iba a ser mayor, y todos contentos.

### **Con la historia menos recordada ya de los chavaeros, los madreñeros, los mineros...**

El autor recuerda con detalle aquellos trabayos tan duros de las muyeres chavando la ropa en los inviernos de antes: con nieve, con xelu, con los carámpanos colgando de los teyaos..., pero sin guantes pal agua, con sabañones en las manos, en la cara, en los pies... Y tenían que chavar la ropa cada mañana, hasta en los años de las minas, que lo habían de hacer cada día, con aquellas moyaúras que el paisano traía del tayu al atardecer. Un buen homenaje, merecían aquellas muyeres, algunas con bastante memoria pa cuntalo hoy mismo. Todo un ejemplo de supervivencia y saber adaptarse en cada tiempo.

Y recuerda también José Antonio Vega el trabayu paicú de los homes, en el caso de los madreñeros del Mofusu, sobre too: subir a facer madreñas al fayiru, permanecer en una mala cabana muchos días, aguantar las muyaúras y el frío, racionar bien los escasos alimentos que subían de casa para la semana, bajar los pares de madreñas a vender por las casas de La Pola, por los mercaos... Los homes aguantaban como podían tamién.

### **O en el recuerdo de las lecheras, las parteras, los campaneros, los luceros...**

Y así, nos va recordando J. A. Vega la vida posible de aquellos tiempos: los distintos toques de campana de la iglesia para información diaria a los vecinos (las esquisas, las estaferias, las misas, las defunciones, los incendios...); el comercio al trueque en la tienda-bar del pueblu; los luceros subidos a los postes de las luces para arreglar los cables en pleno invierno; las mueres lecheras con sus burros bien temprano camín de La Pola con la leche pal almuerzu; y con las travesuras incluidas de los guajes al salir de la escuela, siempre dispuestos a soltar y montar los burros a poco que se descuidaran las dueñas...

En fin, el autor de este pequeño manual sobre La Pola y todo el valle del Nareo, documenta en sus páginas toda una vida ejemplar de ingenio y peripecias para sobrevivir en los pueblos de montaña tan sólo medio siglo atrás; no digamos ya, cien, doscientos, quinientos años atrás...; tantos siglos antes de las comodidades y tecnologías actuales. Ni carreteras había, como las pateamos hoy: sólo caminos de barro, empedrados en el mejor de los casos.

Termina el libru con unas cuantas páginas que describen al detalle toda la actividad industrial, minera, maderera, del valle del Nareo que bien conoce el autor, con unas cuantas publicaciones ya sobre estos temas: Morúes, Riabona, la Naredina, las minas de fierro, del mercurio, las del carbón, la maera del Mofusu, el cal y los caleros imprescindibles, las vías de los vagones camín del Plano en la Estación de La Pola... Hoy, con escasos vestigios a la vista ya.

Un librín pa leyer con gusto y recomponer en la memoria visual de la retina y en la imaginación: en definitiva, la vida real de cualquier pueblu en las montañas hasta no hace tantos años. Gracias a José Antonio por el trabayu y por su colaboración con nuestro conceyu lenense.

[www.xuliocs.com](http://www.xuliocs.com)